

Historiadores



Entrevista



Abel López: maestro de historia medieval

Apasionado por la historia medieval, profesor durante tres décadas en la Universidad Nacional, lector juicioso de revistas internacionales de historia, Abel Ignacio López Forero recibió en varias ocasiones la distinción como *Maestro Docente Excepcional*, otorgada por la Universidad Nacional de Colombia. Obtuvo su título de historiador en la Universidad Javeriana de Bogotá y adelantó estudios de Maestría en la Universidad del Estado de Nueva York, Stony Brook. Nació en Lenguaque (Cundinamarca) el 3 de diciembre de 1947, cursó sus estudios de primaria en Lenguaque y Guachetá, y el bachillerato en el Seminario Menor de Zipaquirá. Como resultado de sus cursos de Historia de Europa en la Universidad Nacional, publicó, en 1998, en la Colección Ariel Historia, el libro, *Europa en la época del Descubrimiento*.

ALRG: Profesor López, ¿cómo llegó usted a estudiar Historia?

AILF: Ingresé a la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Javeriana en el año de 1967. Después de dos años de estudio en los que me acerqué a la Filosofía, la Historia, la Literatura y la Lingüística, la Facultad nos exigió decidimos por una de esas opciones. En un primer momento escogí Lingüística, pero como fui el único en esa opción, finalmente debí optar por Historia. De manera que empecé a estudiar Historia un poco al azar.

ALRG: ¿Cuál era la orientación del pregrado en la Universidad Javeriana y qué autores fueron determinantes en su formación como historiador?

AILF: Tengo un grato recuerdo de haber empezado mis estudios por un área y no por una carrera. Ese tipo de orientación me dio la posibilidad de estudiar obras fundamentales de la literatura universal, entre ellas *El Quijote*, d e

aproximarme a la filosofía y al arte. En esa época, tuve la fortuna de tener profesores como Rafael Torres Quintero en Lingüística y Rafael Maya, el poeta, y al también poeta Giovanni Quessep. Al crítico de arte Galaor Carbonell. En la carrera de Historia fue mi profesor Manuel Lucena, historiador español, especialista en el tema de la Colonia. Entre los libros que más me llamaron la atención y que explican por qué me interesé por la Edad Media, está *La Sociedad Feudal* de Marc Bloch. Lo leí en un curso de Historia Medieval con el profesor Augusto Montenegro. Leí el primer volumen de *El Mediterráneo y el Mundo Mediterráneo* con un profesor, un erudito, José de Recasens. En historia de Colombia recuerdo la lectura de *Los Grandes Conflictos Económicos y Sociales de Nuestra Historia* de Indalecio Liévano Aguirre.

ALRG: A usted se le considera uno de los mayores conocedores de la época medieval en Colombia. ¿A partir de qué momento se dedicó al estudio de esta época y qué de sus estudios lo condujo allí?

AILF: Cuando terminé el pregrado en Historia tuve la suerte de obtener una beca de posgrado en Estados Unidos para estudiar Historia de América Latina. Estudié Historia de América, especialmente los siglos XIX y XX, con un énfasis en México. Cuando regresé a Colombia me dediqué a la docencia y tuve que enseñar sobre las más diversas épocas de la historia. Impartí cursos de Historia Antigua, Prehistoria, Historia de Colombia e Historia Medieval, y paradójicamente lo que menos abordé fue Historia de América Latina. Ingresé a la Universidad Nacional en 1973. En una ocasión en que no había profesor de Historia Medieval, propuse hacerme cargo de ese curso con la condición de que me permitieran dedicarme a ese período. Lo que sé de Historia Medieval lo aprendí como docente de la Universidad Nacional. Fue entonces una formación autodidacta, a partir de lecturas intensas y sin haber viajado a Europa.

ALRG: ¿Podría contarme qué significado tuvieron sus estudios de posgrado en su formación como historiador?

AILF: En Estados Unidos aprendí la importancia de la disciplina en la lectura pero también el método. Aprendí

que la Historia es una profesión y pude darme cuenta de que la disciplina se venía desarrollando de una manera muy rápida a través de revistas especializadas.

ALRG: *¿Cuánto tiempo permaneció en Estados Unidos y cómo le pareció el contacto con la cultura norteamericana?*

AILF: Permanecí dos años y medio en Estados Unidos. Fue una experiencia grata, especialmente en el ámbito de la cultura. Yo era un joven de extracción campesina, y había pasado la mayor parte de mi vida en el campo. Por lo tanto, al comienzo fue un choque muy fuerte, pero tuve oportunidad de entablar relaciones de amistad y acercarme a colegas que provenían de diferentes partes del mundo: Libia, China, Cercano Oriente y Europa.

ALRG: *Hablemos de su trabajo de investigación y de sus escritos. En su caso, ¿cómo ha desarrollado sus trabajos de investigación? ¿Qué tanto tiempo le ha dedicado a la escritura y a la publicación de artículos?*

AILF: Trabajé por mucho tiempo en la cátedra de la España medieval y de la Europa del siglo XV, y como resultado de ello escribí un ensayo que se llamó *Castilla en la Edad Media, una sociedad feudal*, con una notable influencia de lecturas de inspiración marxista, especialmente de la obra de Pierre Vilar. Luego escribí un ensayo extenso, publicado en 1983, un balance de la producción historiográfica marxista sobre la Edad Media, en donde incluía los debates del momento, en torno a conceptos como *Modo de producción Feudal, Formación Social feudal*. La mayor parte de mis ensayos y artículos han girado en torno a lo que se podrían llamar ensayos bibliográficos, en los que a veces tomo dos textos sobre temas similares y los pongo a dialogar. La Editorial Ariel, me publicó un libro titulado *Europa y España en la época del descubrimiento*, que es el resultado de los cursos que trabajé por mucho tiempo en la Universidad Nacional de Colombia, en la carrera de Antropología. Recientemente, he escrito algunos artículos sobre los debates entre posmodernismo e historia, y en este momento estoy terminando un trabajo que se ocupa del conflicto entre el Papa Bonifacio VIII y el rey Felipe IV El hermoso, de Francia, entre 1296 y 1303, donde pretendo entender cuál es la génesis del Estado Moderno en la Edad Media.

ALRG: *A propósito de sus escritos y publicaciones: ¿Qué recepción han tenido? ¿quiénes han sido sus lectores? ¿Ha recibido críticas?*

AILF: El principal destinatario de mis ensayos han sido los estudiantes, y son ellos quienes más los han comentado. He recibido algunas críticas sobre todo antes de la publicación de los textos, en especial de colegas.

ALRG: *¿Podría contarnos cuál es el proceso de elaboración de sus artículos? En su caso, ¿existe una relación estrecha entre las clases y la escritura de sus artículos?*

AILF: Varios de los artículos que he escrito han tenido como tarea la de divulgar en español algunos debates que sólo se consiguen en inglés o en francés. En el caso del libro y de otros ensayos,

los estudiantes los han tenido como material de clase. Mis escritos están directamente relacionados con la docencia. Consisten en la presentación de debates sobre desarrollos recientes de la investigación en especial sobre la Edad Media. Considero que es una labor útil en nuestro medio. Como lo propuso el historiador Germán Carrera Damas, "*la recolección de conocimientos ya elaborados, los cuales se hallan en constante proceso de transformación, y la organización crítica de los mismos para su transmisión, debiera ser un ejercicio constante del docente*". Se trata, en fin, de una comprobación crítica y metódica de los resultados adquiridos.

ALRG: *A partir de sus lecturas de Historia medieval, ¿qué autores le recomienda a los estudiantes que están interesados en conocer esa época?*

AILF: Recomiendo a mis estudiantes, y siempre lo he hecho, la lectura de dos obras de Marc Bloch: *La Sociedad Feudal* y *Los Reyes Taumaturgos*. Bloch no sólo fue el fundador de la revista de los Annales, sino que fue un hombre comprometido políticamente. Se preocupó por hacer de la historia una disciplina que, como él mismo lo decía, se ocupara del cambio y de los hombres. Pero también se preocupó por la metodología. En mi formación y en mi carrera he recibido una notable influencia de la historiografía francesa; de una u otra forma esta historiografía se ha conocido por su especial interés en la Edad Media. En ese orden de ideas, también recomiendo la obra de Jacques Le Goff, su libro *El Nacimiento del Purgatorio* y, por supuesto, a Georges Duby, a pesar de las críticas de que ha sido objeto en los últimos años. De Duby aprendí que el historiador debe escribir bien y leer bastantes novelas. Recomiendo todas sus obras, pero especialmente aquella que se titula *La Historia continúa*, porque es una historia de su propia trayectoria intelectual. Allí el estudiante obtiene enseñanzas acerca de cómo Duby fue construyendo cada uno de sus libros, incluso sobre las dificultades a las que debió enfrentarse cuando escribió su tesis doctoral.

ALRG: *Quienes hicimos parte de sus cursos de historia medieval en la Universidad Nacional lo recordamos,*

entre otras cosas, por su insistencia en la importancia de leer al historiador inglés, Norman Cohn. A propósito de su simpatía por Norman Cohn, ¿qué diría usted sobre el nivel de desarrollo de la historiografía inglesa en el campo de la historia medieval?

AILF: Yo haría referencia no sólo a la historiografía inglesa, sino también a la norteamericana. Tengo la impresión de que esa historiografía no ha alcanzado en nuestro medio la divulgación que sí ha obtenido la francesa. Revistas tan importantes como *Speculum*, publicación de los medievalistas norteamericanos, que tuvo sus inicios en 1926, ha pasado prácticamente inadvertida en nuestro medio. Esto para decir que la historiografía de habla inglesa, no ha alcanzado el éxito editorial en cuanto a traducciones al español, que sí ha logrado la historiografía francesa. Refiriéndome a la obra de Cohn, creo que además de ser un gran historiador es un gran escritor. A mi manera de ver, el éxito de Cohn radica en sus preocupaciones políticas. Hoy, que nos encontramos al borde de una guerra contra lo que llaman los fundamentalismos y terrorismos, vale la pena volver a leer a Cohn, y vale la pena volver a examinar los orígenes de las guerras de las Cruzadas, y los orígenes de los milenarismos y de los fundamentalismos religiosos. Cohn también es importante por haber estudiado las persecuciones de que fueron objeto los grupos disidentes y heréticos en la Edad Media. De su libro *Los demonios familiares de Europa* se aprende que con frecuencia las razones religiosas servían para ocultar intereses particulares y afanes políticos. El rey Felipe el hermoso construyó un complot contra los templarios con el fin de apropiarse de sus bienes. Para tal efecto inventó acusaciones y conspiraciones. Cosa no muy diferente haría Hitler con los judíos: estos habrían conspirado contra el pueblo alemán.

ALRG: *Hablemos un poco de su experiencia como maestro de historia en la Universidad Nacional: ¿qué aprendió en la relación maestro alumno?, ¿cuál diría usted que es la clave para ser un buen maestro de historia?*

AILF: Creo que ante todo debe haber un gusto por la enseñanza. Dos citas resumen lo que he hecho como

profesor. Una de Pedro Abelardo, filósofo medieval a quien Jacques Le Goff considera la primera figura del intelectual moderno. Dice Abelardo: *"más preocupado por la enseñanza que por la elocuencia, cuido la claridad de la exposición, no el brillo de la elocuencia, el sentido literal, no el mero ornamento retórico"*. La segunda es de Paul Ricoeur: *"¿qué hago cuando enseño? Hablo. No tengo otra manera de transformar el mundo y no otra manera de influir sobre los demás. Hablo para comunicar a los jóvenes el conocimiento y las investigaciones de las pasadas generaciones. Por medio de la conversación divulgo las investigaciones en curso y este tipo de comunicación es mi profesión y mi honor"*. Y es esto lo que lo que yo hice en la Universidad Nacional. Fueron treinta años de docencia universitaria; hoy algunos de los que fueron mis alumnos son colegas. Al comienzo fue difícil, y puedo ver en perspectiva histórica cómo se han transformado los estudiantes. En 1973, llegué a la U.N. Entonces no había ni carrera, ni maestría de historia. Tampoco doctorado. El departamento ofrecía cursos a otras carreras de la universidad. En mis primeros años en la Universidad me llamó poderosamente la atención el clima de agitación política. Era notorio el interés de los estudiantes por conocer la interpretación marxista de la historia. También lo era el encontrar en el aula de clase respuestas a preocupaciones políticas. Hoy echo de menos ese espíritu de compromiso. No estaban lejos las consecuencias de Mayo del 68, y de la Revolución Cubana; constituían puntos de referencia necesarios para la comprensión de nuestra realidad. La universidad Nacional era un espacio de confrontación ideológica con miras a transformar el orden político y a formular lo que se consideraba la interpretación correcta de la historia cuyo resultado final sería un orden social más justo. Para quienes veníamos de un entorno distinto, un tanto conservador, este ánimo político resultaba novedoso y a veces hostil. Pero fue a la vez un reto. En clase tenía que resolver preguntas formuladas desde el marxismo y que ponían en duda mis propias ideas sobre la historia. La docencia se convirtió entonces en una escuela de formación. Esa experiencia fue sin duda valiosa. En mi

decisión por conocer el pensamiento y la obra de Marx tuvieron mucho que ver las frecuentes interpelaciones a que era sometido en clase.

Ese contexto, sin embargo, tenía sus desventajas. Se respiraba un aire de oposición al forastero. En un principio me sentí como tal. Aún recuerdo cuando en mi primera clase un estudiante preguntó: *¿en dónde estudió usted?* Le respondí: en la Universidad Javeriana. *Y qué otra experiencia tiene*, agregó. Un postgrado en una universidad norteamericana. Entonces, declaró con vehemencia: *además de jesuita, imperialista*. Más allá de estas circunstancias personales, este ambiente político no siempre era factor positivo en la tarea docente. Un esquematismo teórico, el convencimiento de que el marxismo era la ciencia social verdadera y la idea de que el estudio de la historia tenía como objetivo final, si no único, ilustrar y confirmar la exactitud de las afirmaciones de Marx, tenían como consecuencia el dogmatismo, cierta subestimación de la investigación empírica y sobreestimación de lo que entonces se denominaba en el argot universitario los *marcos teóricos*.

Por supuesto que no se trataba de un escenario exclusivo de la Universidad Nacional. Hacía parte de las modas intelectuales de la época. En 1974, el historiador marxista Pierre Vilar, en un famoso debate con Louis Althusser, advertía sobre los riesgos de elaborar ensayos en la pura abstracción, sin la necesaria apropiación de la materia histórica. Se trata, escribe, de *"marxistas con prisas, literatos y sociólogos que, desdeñando con soberbia el empirismo de los trabajos del historiador, basan sus propios análisis (largos) en un saber histórico (corto) adquirido en dos o tres manuales*. En nuestro país esos esquematismos se acentuaban por la débil trayectoria de la investigación en ciencias sociales. Germán Colmenares, tal vez el historiador colombiano más notable del siglo XX, en un corto pero denso ensayo, llamaba la atención, en 1977,

acerca de la esterilidad de algunos debates universitarios de la época, caracterizados por el absoluto desprecio por los hechos. Su artículo se titula *¿Por dónde empezar?*. Se preguntaba Colmenares cuál debería ser el punto de partida en la enseñanza de las ciencias sociales. Para este historiador, el comienzo no debían ser las estériles y vacías discusiones sobre el método. Aún hoy el artículo de Colmenares es útil a la hora de discutir planes y programas de estudios. Dice entre otras cosas:

"Todo el mundo sabe que la elaboración de marcos teóricos se ha convertido en el pasatiempo universitario por excelencia. El marco teórico resulta no ser otra cosa que la búsqueda de un mutuo reconocimiento colectivo de habilidades ergotistas. Dos o más individuos pueden acordar, tras un elaborado ritual de mutuas concesiones en conceptos confusos, los rudimentos de un marco teórico para encontrarse, al final, en la imposibilidad absoluta de adelantar un paso en la exploración de la realidad inmediata".

ALRG: La enseñanza de la historia ha sido bastante descuidada en Colombia, y considero que constituye un medio clave para contribuir a formar ciudadanos. ¿Qué les recomendaría usted a los profesores de historia para que logren cursos en los que sea posible despertar en los estudiantes el gusto por la historia?

AILE: Una preocupación que siempre he mantenido tiene que ver con la interrogante de hasta dónde los problemas que se estudian, por remotos que puedan parecer, tienen que ver con los problemas de hoy. Georges Duby escribió un libro que se llamó *Año mil, año dos mil*, y él decía que para comparar esos dos momentos había que acentuar las diferencias. Eso me remite a una pregunta que me hago a menudo: ¿qué le dice a un ciudadano del siglo XX la Edad Media?

Que no estamos en lo que ciertos escritores han denominado una nueva Edad Media. Similitudes no pueden significar un regreso a una época que ya pasó. Francois Lyotard en un artículo de prensa sugería que se debiera volver al modelo de la ciudad y de las aldeas medievales. Una propuesta que desconoce las condiciones económicas propias de una sociedad rural con escaso desarrollo

de las fuerzas productivas comparadas con las del siglo XX. Por otra parte, las guerras de hoy así se inspiren en la religión tienen motivos, fines, técnicas y propósitos muy diferentes a las guerras santas medievales. Las guerras del emperador Carlomagno o las de las cruzadas están lejos de asimilarse a las del imperialismo norteamericano.

El medievalista también puede advertir sobre los usos o mejor abusos que se hacen del pasado. Es lo que traté de mostrar en una reseña sobre el libro de Patrick Geary *The Myth of Nations*. Es esta una brillante crítica a los abusos que políticos nacionalistas de derecha han hecho a propósito de la temprana Edad Media. En efecto Jean Marie Le Pen se proclamó el campeón del pueblo francés que, según él, nació con el bautismo de Clodoveo en el año 496, y desde entonces los franceses han portado esa llama inextinguible la cual ha sido su alma por más de mil quinientos años. Un deficiente conocimiento de la historia medieval sirve entonces para fundamentar exclusiones étnicas. Pero lo que la arqueología y la investigación histórica reciente muestran es que los francos del siglo V no fueron un grupo homogéneo, y no lo fueron los del VIII y por supuesto mucho menos los del siglo XX.

Ahora bien, la dialéctica entre cambio y permanencia en la que se mueve el historiador le permite al estudioso de la Edad Media darse cuenta de que aun están presentes valores que se forjaron en ese entonces. Permítame ilustrar esta consideración con dos ejemplos. Uno es la guerra contra Irak. Uno de los fundamentos ideológicos de la resistencia iraquí proviene del Corán y se apoya en la noción de guerra santa. Tal vez Marx tenía razón cuando insinuaba que mientras menos moderna es una sociedad con más frecuencia recurre a la religión como forma de conciencia social. Por lo demás, la noción misma de guerra santa tuvo sus orígenes en la Edad Media. En todo caso no fue solo musulmana. También sirvió para justificar las cruzadas cuando los príncipes del Occidente cristiano buscaron recuperar los lugares santos. Fue una respuesta a la agresión cristiana. Es una idea que no se ha borrado. No es de extrañar pues que grupos de rebeldes en Irak describan a las tropas invasoras con el término de *cruzados*.



El segundo ejemplo es el de la importancia del cristianismo católico en la sociedad colombiana. Fue precisamente en la Edad Media cuando se organizó la institución eclesiástica. Cuando en clase leo los alegatos de teólogos medievales en contra del divorcio o del aborto tengo la impresión de estar leyendo un sermón de obispo católico colombiano. (Aunque a decir verdad, en algunos temas como el del aborto los medievales fueron menos severos. Según penitenciales medievales el aborto antes de cuarenta días no conlleva más que a un año o menos de penitencia. En otros textos el plazo concedido se eleva a 70 días. Tomás de Aquino situaba la animación en el cuadragésimo día para el varón y el nonagésimo para la hembra). Y qué decir de los discursos y prácticas misóginas. Ni en la Edad Media ni hoy la Iglesia católica admite sacerdotisas.

Por otra parte, la historiografía medieval ha contribuido de manera significativa a la consolidación de la disciplina y la profesión. De las obras de Marc Bloch, Georges Duby, Jacques Le Goff, Emmanuel Leroy Ladurie, Rodney Hilton, Robert Moore, Gabrielle Spiegel, para citar tan solo algunos, el historiador colombiano puede aprender métodos de investigación histórica. Ellos enseñan también sobre debates a los que un historiador no debiera ser ajeno del todo.

ALRG: La Universidad Nacional le ha otorgado varias distinciones que, a su vez, provienen del reconocimiento que han hecho sus alumnos de su labor como maestro. ¿Qué han significado para usted esas distinciones?

AILF: Varias cosas. En primer lugar, un reconocimiento a la profesión de docente. En segundo lugar, un gran estímulo. Recibí en varias ocasiones la distinción de *Profesor Docente Excepcional*. Me preguntaba a qué se debía esa mención especial, y lo atribuía a varias razones: a mi entrega a la docencia, al interés por los estudiantes, por contribuir a resolver sus problemas. Pero otra razón tal vez tiene que ver con el hecho de que relaciono la historia con los problemas del presente.

ALRG: *A propósito, ¿se considera usted un historiador de izquierda?*

Sí. En el sentido en que Duby lo decía. Defiendo una historiografía como la pensaba el medievalista Georges Duby a quien alguna vez se le preguntó si se consideraba un historiador de izquierda y si sus opiniones políticas no le traían responsabilidades en su práctica de historiador. Respondió: *"Soy historiador y pienso que el historiador, para desempeñar bien su oficio, debe incluir sus pasiones. La historia debe servir a mis contemporáneos en las batallas presentes. Si se trata de hacer su espíritu más crítico, de fortificarlos para el combate contra la injusticia, los actos de poder, los embustes, el apego desmesurado al pasado, los dogmas, entonces, es verdad, trato de persuadirme de que puedo desempeñar un papel y me propongo desempeñarlo"*. Y permítame agregar que es una historiografía que no tema irritar ni desafiar a las clases dominantes. Es fundamental en la consolidación de una sociedad democrática que haya espacios académicos libres de las presiones económicas, espacios donde sea posible la crítica así esta no siempre y necesariamente proponga soluciones inmediatas a los problemas. Cuando a Michel Foucault se le reprochó porque en su libro *Vigilar y Castigar* no había soluciones para las cárceles y que más bien podía tener sobre los educadores penitenciarios un efecto esterilizante o anestesiante replicó con vehemencia que la necesidad de la reforma no debiera servir de chantaje para limitar la crítica y agregó: *"en ningún caso hay que atender a los que dicen: no critique si no es capaz de hacer una reforma. Son frases de los departamentos ministeriales. La crítica no tiene por qué ser la premisa de un razonamiento que terminaría diciendo: eso es lo que usted tiene que hacer. Debe ser un instrumento de los que luchan, resisten y no soportan lo que existe. Deber ser utilizada en los procesos de conflictos, enfrentamientos, intentos de rechazo. No tiene por qué imponerse a la ley. No es la etapa en una programación. Es un desafío con relación a lo que existe"*.

ALRG: *¿Qué les recomienda a los estudiantes de pregrado para que logren una formación sólida y se hagan mejores*

historiadores?

AILF: Siempre les recomendé a mis estudiantes, y lo sigo haciendo hoy, mucha disciplina, mucha entrega y mucha lectura. La profesión de historiador exige una buena dosis de imaginación, una buena dosis de talento y una mayor dosis de estudio. Muchas horas en la biblioteca y en el archivo.

ALRG: *Profesor, usted siempre recomienda a sus estudiantes la lectura continua de revistas internacionales de historia porque considera que es necesario estar al tanto de los desarrollos de la disciplina. En este sentido, ¿cómo es su relación con internet, y cómo ve en la actualidad la relación de los historiadores con este medio de comunicación y de difusión?*

AILF: Una de las ventajas que tiene la modernización es la de que permite cierta democratización del saber. Hoy en día uno puede acceder desde donde vive a las grandes bibliotecas del mundo; entrar con cierta facilidad a los catálogos de la Biblioteca de Washington o de la Biblioteca Pública de New York, y puede uno revisar los índices de las revistas. Recomiendo con énfasis a mis estudiantes que repasen grandes revistas de historia: *History an Theory, Annales, Past and Present, Hispanic American Historical Review*. En cuanto a mi relación con Internet, le cuento que a propósito del trabajo que estoy haciendo sobre el conflicto entre Bonifacio VIII y Felipe IV, El Hermoso, he podido obtener por este medio bulas papales en latín y algunas traducidas al inglés.

ALRG: *Ahora que dispone de una mayor cantidad de tiempo libre dado que se acaba de pensionar de la Universidad Nacional, ¿qué proyectos tiene en mente, qué lecturas está haciendo?*

AILF: Me pensioné hace un año de la Universidad Nacional y me he dedicado a leer lo que no había podido por estar dedicado a la docencia. Quería leer con calma la novela de Thomas Mann, *José y sus hermanos* y releer otras novelas. Continúo con mis artículos bibliográficos sobre historia medieval. También estoy trabajando un curso en la Maestría de Historia en la Universidad de Los Andes.

ALRG: *A propósito de su amor por la literatura, ¿cómo piensa que ha influido la literatura en su trabajo como historiador? ¿Ha tenido algo que ver con la definición de temas y problemas o con la escritura de sus ensayos?*

AILF: De las novelas y de las obras literarias en general me he valido para contrastar con las interpretaciones históricas. Lo estoy haciendo a propósito de mi estudio sobre el conflicto entre el Papa Bonifacio VIII y el rey Felipe IV. Me interesa saber la percepción que de ese enfrentamiento tuvo el gran poeta Dante Alighieri. Cuando hago referencia en mis clases a la sociedad española del siglo XVI, de cristianos viejos, conversos y monarquía, inicio mi intervención con la siguiente cita de *El Quijote*: “— Sea por Dios- dijo Sancho-: que yo cristiano viejo soy, y para ser conde esto me basta. — Y aun te sobra-dijo Don Quijote, y cuando no lo fueras, no hacía nada al caso; porque siendo yo el rey, bien te puedo dar nobleza, sin que la compres ni me sirvas para nada”.

También me valgo de novelas del siglo XX. Así lo hice en un ensayo que escribí sobre los cátaros. Lo inicié haciendo referencia a un cuento de Borges y a una novela de Saramago. Lo que de estos escritores aprendo es la agudeza con que captan las condiciones de la naturaleza humana, la mirada universal de los conflictos que a veces escapa al historiador. *El nombre de la rosa* es una novela útil para comprender debates intelectuales y políticos de comienzos del siglo XIV. Además porque Eco hizo una exhaustiva averiguación documental para la escritura de su obra.

Este uso de la novela no me impide, sin embargo, darme cuenta que no es lo mismo novela que libro de historia. Por lo menos, en dos sentidos. El historiador, como advierte Peter Brown, no es libre, en la medida en que lo es el novelista, de inventar sus personajes, ni los pensamientos e ideas de estos. Las interpretaciones del historiador, así sean también representaciones y construcciones discursivas, tienen unos límites. Como lo precisó Paul Ricoeur, uno de los más notables teóricos de la narración: “*así la historia y la ficción tengan una estructura narrativa común, sólo aquella puede desarrollar su pretensión referencial en conformidad con las reglas de*

la evidencia empírica propias de la ciencia”.

En segundo lugar, y como lo subraya el mismo Ricoeur, la historia acude a conceptos, no puede eludirlos.

Todo esto remite también al debate entre narración e historia. Es una discusión que se repite por lo menos desde el siglo XVIII. Voltaire se oponía a que la historia fuera narrativa. Historiadores vinculados a la revista *Annales* asociaban historia narrativa a historia de acontecimientos, la veían con desdén por su incapacidad de proporcionar explicaciones generales. Preferían entonces la historia estructural. La escritura de la historia debiera ser analítica como lo era la escritura de las otras ciencias sociales. A decir verdad, la historia no abandonó del todo ni el acontecimiento, ni la biografía. Si bien en las últimas décadas ha habido un creciente interés por la narración y por la dimensión literaria del libro de historia, en ello no han dejado de influir los debates en torno al *posmodernismo* los cuales han llamado la atención acerca de la dimensión inventiva de la escritura de la historia, e incluso de las crónicas y documentos de archivo. Permítame citar tres ejemplos para ilustrar lo que acabo de decir. El primero es *Romancing the past* de la historiadora Gabrielle Spiegel. Con especial habilidad y valiéndose de los métodos de los historiadores sociales y de los críticos literarios, establece, a la vez, el lugar social de las primeras crónicas francesas en lengua vernácula y su modo de construcción literaria, indispensables uno y otro para comprender su sentido y significado. El segundo es el libro de Natalie Davis *Fiction in the Archives*, en el cual se contrastan las estrategias narrativas de los relatos de perdón procedentes de los archivos judiciales con las de panfletos, novelas y obras de teatro. La historiadora destaca las habilidades narrativas de hombres y mujeres en la Francia del siglo XVI. El tercero es *Poetics of the New History* de Philippe Carrard, escrito en 1992. Con base en teorías modernas sobre la narración, el autor analiza las formas de escritura, lo que él denomina el discurso histórico francés desde el positivismo decimonónico hasta nuestros días.

Las experiencias individuales y de grupo, las relaciones interpersonales, la conducta de los individuos, sus esperanzas y sentimientos, las

relaciones entre determinación y libertad, en resumen, lo que Carlo Ginzburg denomina *lo vivido*, son temas para los cuales las prácticas narrativas de los novelistas son, sin duda, valiosas para los historiadores. Así se deduce de investigaciones recientes de microhistoria.

ALRG: *¿Cuáles considera que son los puntos débiles y cuáles los fuertes en el estado actual de los estudios históricos en Colombia?*

AILF: Un punto débil sería el hecho de que se abandonan con relativa facilidad ciertos temas, que uno esperaría fueran más trabajados. Un caso es el de la demografía histórica. La demografía tuvo notables progresos en historia de Europa. Para el caso colombiano, y concretamente para la época colonial, Germán Colmenares y Hermes Tovar hicieron algunos avances. En la década del 70 se observaba un cierto aislamiento de la historiografía colombiana con respecto a los debates de Europa; ahora ese aislamiento ha disminuido. Sin embargo, veo aislamiento con respecto a los desarrollos de otras historiografías hispanoamericanas. Eso se observa en los planes de estudio; en el poco espacio que se otorga a la historia de América Latina. El doctorado en Historia de la Universidad Nacional tenía como propósito hacer énfasis en una historia comparada, y a juzgar por las primeras tesis sustentadas es poco lo que se ha logrado en ese sentido.

ALRG: *Si le pidieran hacer una evaluación acerca del significado del siglo XX, sin que fuese necesario para ello estar dedicado a la investigación histórica de este siglo, ¿qué diría?*

AILF: ¡El largo siglo XX! Un siglo de inmenso progreso material, un mundo que ha alcanzado los mayores niveles de desarrollo técnico, un mundo intercomunicado, donde en minutos es posible trasladarse a los más remotos lugares, pero a la vez un mundo de frustración. Un mundo paradójico porque al creciente desarrollo del control de las fuerzas productivas ha correspondido una creciente miseria.

ALRG: *¿Qué relación encuentra usted entre los estudios medievales y los estudios de la época colonial? ¿Considera que puede existir alguna relación teórica o metodológica?*

AILF: No me he preocupado por relacionar la

historia medieval con la de la Colonia. Me he concentrado en la historia propiamente europea. Me atrevería a sugerir algunas relaciones. El conocimiento del contexto religioso propio de finales del siglo XV ayuda a entender el proceso de Conquista. Europa y España vivían entonces en un clima de creciente intolerancia contra herejes y no cristianos. Se pueden citar varias fechas: 1484, publicación de una bula del Papa Inocencio VIII en la que autoriza la persecución contra las brujas; 1486, publicación del más famoso manual de inquisidores el *Malleus Malleficarum*; 1492, expulsión de los judíos de España por los reyes católicos y toma del último reducto moro en Granada, y, 1502, expulsión de los moros. Quizás este ambiente ayude a entender la reacción de algunos misioneros frente a los indígenas gentiles. En este sentido encuentro útil la investigación de Jean Delumeau sobre el miedo en Occidente entre los siglos XIV y XVIII. Así mismo si se analiza el proceso de conformación de lo que Perry Anderson llamó el estado absolutista en España, se percibiría con mayor claridad las medidas adoptadas por la corona para controlar los intereses particulares en las colonias. El método propuesto por Gabrielle Spiegel en el examen de crónicas medievales quizá sirva a la hora de estudiar a los cronistas neogranadinos. Por otra parte, es innegable la trascendencia del pensamiento medieval que de seguro está presente en la época colonial. El profesor Jaime Borja así lo ha mostrado en una de sus investigaciones titulada precisamente *Los indios medievales de Fray Pedro de Aguado*.

ALRG: *¿Cuáles considera que son los principales debates del siglo XX en el campo de la historiografía?*

AILF: Parte de los debates actuales en la historiografía europea se pueden leer en dos editoriales de la revista *Annales* de marzo-abril de 1988 y de noviembre de 1989, así como en el libro *Les formes de l'expérience. Un autre histoire sociale*, publicado en 1995. De ellos di cuenta en un ensayo publicado en el *Anuario Colombiano de historia social y de la cultura* (No. 26). De los editoriales y del libro se concluye que los temas centrales de los debates son los siguientes: la escalas de observación y las modalidades de generalización; la relación entre acontecimiento, estructura y libertad de

acción; las limitaciones de los estudios meramente cuantitativos. La atención parece trasladarse de la historia de la estructura y las mentalidades a la de las prácticas y las experiencias. Se renueva el papel de los actores sociales. A la racionalidad sustancial de los actores económicos se opone la práctica de las convenciones y de los acuerdos. En el campo de las relaciones entre cultura y comportamiento social se observa cierto escepticismo con respecto a aquella historiografía que disuelve los comportamientos sociales en el idioma general del universo cultural en el que se inscriben, por lo que a menudo no se tenía en cuenta los comportamientos concretos de los actores sociales. A lo anterior se suma una reivindicación de la historia como narración, entendido esto en varios sentidos: 1. que la historia se ocupa del tiempo, con un antes y un después, 2. que haya una trama del acontecimiento histórico, 3. que el historiador se preocupe más por la construcción del texto histórico, reconociendo que el texto de historia es también un artefacto literario.

En el artículo del *Anuario* a que me acabo de referir, señalo algunas desventajas de este modelo. Me limitaré a mencionar la que considero es la principal: la sobre-valoración del acuerdo con respecto al conflicto. La explotación, y el conflicto social como razones del cambio histórico terminan por desvanecerse. Pero tiene también ventajas. Una de ellas es la de destacar el papel de individuos y grupos en el cambio. No todo él es resultado de la acción neutral de las condiciones llamadas objetivas. Una segunda, subrayada por el historiador

Gareth Stedman Jones, es haber contribuido a restaurar y reafirmar la autoridad moral e intelectual de la historia. En los últimos años el estructuralismo y el posmodernismo habían desafiado el papel de la historia como ciencia del cambio. El primero con el énfasis en lo que permanece y el segundo al reducir la historia a un mero discurso sin referencia real alguna.

Y es que la corriente posmodernista ha tenido notable presencia en los debates recientes. De ellos se han ocupado las principales revistas de la disciplina: *Past and Present*, *History and Theory*, *Social History*, entre otras. Lo que el posmodernismo propone pone en tela de juicio varios de los que se han considerado firmes presupuestos del conocimiento histórico, contruidos sobre los principios básicos de la filosofía de la Ilustración, conocida también como la perspectiva modernista. Principios que tienen que ver en especial con la relación lenguaje conocimiento. En la perspectiva modernista el lenguaje es un medio de conocimiento que da cuenta de la realidad. La realidad social y el lenguaje son fenómenos distintos y separables. El posmodernismo, en cambio, niega el dualismo realidad lenguaje. Según la famosa afirmación de Jacques Derrida, *no hay nada más allá del lenguaje*. Estos puntos de vista resultan claves para la historia. En la visión moderna, los documentos, que son artefactos lingüísticos, hablan de un pasado. En la visión posmodernista, el documento de cualquier tipo que sea es una invención, es un conjunto de signos y códigos que no hablan del pasado como tal. Los posmodernistas niegan la existencia de un pasado autónomo. Una de las consecuencias de esta negación es que no hay diferencia entre novela y libro de historia, ni entre historiador y crítico literario. Uno y otro se ocupan de descodificar textos. Los documentos, los libros de historia, las novelas no hablan de realidades sociales externas a ellos mismos. Es este el principal postulado, a juzgar por lo que dicen los más radicales defensores del posmodernismo. Siguiendo a F. R. Ankersmit, uno de sus más fervientes defensores, se pueden agregar otros principios. Uno de ellos tiene que ver con el objeto del conocimiento histórico. En la perspectiva moderna, el propósito del historiador es explicar las razones o causas del cambio. Los posmodernistas prefieren deconstruir discursos, descubrir códigos secretos que se expresan en ritos, ceremonias, gestos. Más que causas de lo que se trata es de encontrar significados. Se ocupan menos de las prácticas sociales y más de los textos. Deconstruir un texto es, entonces, identificar su modo de producción literario, es también encontrar los intereses ocultos en todo acto discursivo.

A lo largo de los últimos siglos la historia fue construyendo relatos e interpretaciones de amplio

alcance temporal de carácter determinista. Se creía en el progreso. Según Ankersmitt, el posmodernismo es la negación de la síntesis. Desconfía de la generalización acerca de las sociedades humanas. Para decirlo en términos de uno de sus promotores más conocidos, Jean Francois Lyotard, la posmodernidad puede definirse, como incredulidad con respecto a las metanarraciones. Bueno me he limitado a señalar apenas algunos de sus postulados. Quisiera destacar algunas lecciones que aprendí de estos debates entre postmodernismo e historia:

1. El posmodernismo es un movimiento intelectual heterogéneo. Son pocos los historiadores que llegan al extremo de negar cualquier capacidad del lenguaje de dar cuenta de realidad distinta a él mismo y de borrar toda diferencia entre historia y fantasía, así acepten otros de los postulados como negar el sentido de progreso, o la causalidad como objeto principal del estudio histórico. Uno de los temas alrededor del cual giró la controversia fue el holocausto judío en la segunda guerra mundial. ¿Cómo negar la masacre nazi?. ¿Cómo negar las cámaras de gas?. ¿Fue todo ello, como lo sugiere cierta corriente revisionista de derecha, una invención de la propaganda judía? No fueron precisamente escritores posmodernistas los promotores de este tipo de revisionismo. Hayden White, a quien se le suele asociar como inspirador del posmodernismo, escribió que la pretensión de los revisionistas según la cual el holocausto nunca tuvo lugar es tan ofensiva desde el punto de vista moral como intelectualmente sorprendente.

2. El historiador debe tener en cuenta las herramientas propias del análisis lingüístico y literario. Algunas de esas técnicas son imprescindibles en el estudio de ciertos temas como las ideologías o los análisis de discursos. Lo que no quiere decir abandonar los esfuerzos de síntesis. Estoy del lado de aquellos historiadores que continúan creyendo en la posibilidad de generalizar acerca del desarrollo de las sociedades humanas y de ofrecer una visión coherente del pasado.

3. En estas discusiones no faltan los equívocos. Veamos uno, tal vez el más notorio. Ankersmitt, para ilustrar que con el posmodernismo los historiadores están abandonado la tradición esencialista general para ocuparse de lo particular, lo que él llama concentrarse en las hojas en vez del tronco, cita como ejemplo una supuesta obra de Carlo Ginzburg titulada *Microhistorias*. Sin lugar a dudas es un desafortunado ejemplo. Ginzburg es un crítico ácido del posmodernismo. Así lo manifiesta en una entrevista y lo ha demostrado en varias de sus obras. Lo llamó nihilismo barato. Más aún, en un famoso artículo comentó la alusión de Ankersmitt. Le recuerda al historiador holandés que es inexistente el libro *Microhistorias* y que por el contrario ha polemizado "*contra las posiciones relativistas, entre ellas la calurosamente asumida por Ankersmitt que reduce la historiografía a una dimensión textual, privándola de cualquier valor cognoscitivo*".

4. Estas polémicas han servido también para recordar que no hay contradicción entre el reconocimiento de una realidad externa al lenguaje y el carácter experimental y constructivo de la obra de historia para lo cual el historiador puede recurrir a estrategias propias de los novelistas. Como lo subraya Ginzburg: "*todas las fases que sigue la investigación son construidas y no dadas. Todas: la identificación del objeto y de su importancia; la elaboración de las categorías mediante las que se analiza; los criterios de prueba; los modelos estilísticos y narrativos.*"

5. Excluidos el relativismo y el escepticismo radicales, hay puntos de contacto entre historiadores sociales y algunos posmodernistas. Encuentro comunidad de propósitos, por ejemplo, en la atención que prestan a las ideas de los desposeídos y a los enfoques que pobres y poderosos asumen con respecto al poder. Unos y otros se muestran interesados en que los textos de la sociedad oficial sean examinados en términos de los esfuerzos por mantener la hegemonía. Esas cercanías las he observado en especial con el nuevo historicismo. Se trata de una corriente norteamericana de crítica literaria como reacción a los excesos formalistas

del estructuralismo.

Reivindican el contexto

histórico de las novelas y como tal se

refieren a aquellos discursos externos a la obra misma pero

imprescindibles en su comprensión. Sólo que el contexto del que hablan no

es el de las condiciones materiales sino son otras prácticas discursivas. Un

examen del momento y lugar en que surgió esta corriente ayuda a entender

sus coincidencias con historiadores sociales. En efecto, algunos de los

neohistoricistas provenían de los departamentos de Idiomas extranjeros de

caracterizado espíritu conservador. Comenzaron a hablar de responsabilidad

social de la crítica literaria. Invitaban, como lo hizo Jonathan Dollimore,

a vincular la crítica literaria con la práctica política y a politizar las

humanidades. Fueron acusados de marxistas y de querer controlar la

academia. Uno de los temas favoritos fue el de los discursos colonialistas

como justificación de la explotación. Buscaron averiguar la manera

como los oprimidos se representan a sí mismos y en qué medida esas

representaciones contribuyen a su propio sometimiento y cómo las

estrategias de liberación están limitadas por los términos del discurso.

6. Dicho esto, no resulta extraño que severos críticos de las corrientes

posmodernistas vean en ellas una forma de peligroso radicalismo

político no muy distanciado del marxismo. Así lo ve la historiadora

Gertrude Himmelfarb. Juzga ella que el posmodernismo es

mucho más radical que el marxismo. Este último por lo menos

se comprometió con los principios de la Ilustración tales como

la razón, la verdad, la justicia, la moralidad. En cambio el

posmodernismo, agrega, al rechazar la disciplina del saber rechaza

también la disciplina de la sociedad y de la autoridad. La misma

historiadora encuentra ecos de la teoría marxista en textos de

Hayden White pues este concluye que la historia tradicional

es reflejo de los intereses de clase de la burguesía. Más

severo en su juicio es John Searle. Ve en el marxismo, en los

deconstruccionistas, en las feministas, en gentes interesadas

en estudios sobre el homosexualismo y gentes de orientación

política izquierdista una amenaza a los pilares de la educación

tradicional. Digamos que a pesar de las enormes diferencias

en su manera de explicar el conocimiento histórico, marxismo

y posmodernismo han sido objeto de fuerte oposición. En

ciertos círculos académicos conservadores se les percibe como

peligrosos porque atentan contra la autoridad y el orden.

*Entrevista realizada por Ana Luz Rodríguez González. Magister
Universidad Nacional de Colombia. Profesora de Historia, Universidad
Autónoma de Colombia.

Bogotá, Noviembre de 2004.